

Transnacionalidad y transnacionalismo de los migrantes

Introducción

Las perspectivas existentes sobre migración internacional no son teorías en sí mismas, derivan de la economía neoclásica, microeconomía, economía política, sociología, historia, etcétera. El transnacionalismo no es la excepción, es apenas una perspectiva con propuestas en direcciones diversas y a veces encontradas. Su formulación más consistente es inspiradora de nuevos desarrollos teóricos, además de cuestionar el positivismo estructuralista y funcionalista (véase Waldinger y Fitzgerald, 2004) materializado en los modelos asimilacionistas y aculturalistas de la migración dominantes en Estados Unidos a través de la militancia xenófoba (Huntington, 2005a: 414, y 2005b: 213).

El origen del término transnacionalismo se remonta al campo de la economía política del siglo XIX para describir las corporaciones privadas que ya tenían grandes operaciones financieras y una presencia organizacional y administrativa en varios países. Consecuentemente, el crecimiento de dichas corporaciones ha estado relacionado con el poder y la propiedad del gran capital en más de un país, la conquista de los mercados nacionales, las exportaciones y transferencias del mercado intrafirma, el empleo de trabajadores en otro país a través de sucursales de una misma empresa matriz y, por supuesto, la migración internacional. Obviamente, se olvida que estos aspectos anteceden históricamente a lo que se llama “globalización” o “neoliberalismo”. En esta tónica, existe la tendencia a relacionar, sin mucho rigor, la globalización y el transnacionalismo exagerando la idea de la desaparición de las fronteras, las naciones, los Estados, enalteciendo las perspectivas de inserción de los migrantes en la sociedad de destino y perdiendo la ri-

queza que implica la simultaneidad de las prácticas transnacionales y la transformación de las instituciones de los Estados involucrados en la migración internacional. Por supuesto, es igualmente empobrecedora aquella reflexión que se mueve racionalmente en el ámbito de la globalización a la manera de la metateoría, donde la generalidad *no deja lugar a* las manifestaciones singulares, sino que se confunde con la lógica abstracta de los esquemas funcionalistas y estructuralistas, cuya crítica, al prescindir de la acción de los agentes sociales, deja muy poco margen al cambio social por más que éste se postule.

Vayamos por partes: ya desde finales del siglo XIX se clarificó que el capital industrial se guía por la lógica de la ganancia y es capaz de cambiar de nacionalidad con la condición de conseguir una mejor rentabilidad. Sin rentabilidad el capital desaparece:

Expoliada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional [...] (Marx y Engels, 1974: 36).

Más tarde, a principios del siglo XX, a propósito del capital financiero, se reconoció el poder de los banqueros sobre los empresarios privados y gobiernos de otros países, quienes vieron la necesidad de exportar sus capitales y echar por tierra el sentimiento nacionalista de la burguesía.

Mientras la moderna política proteccionista contribuye a reforzar el impulso siempre creciente del capital por la continua expansión de su área económica, la concentración de todo el capital monetario ocioso en manos de los Bancos conduce a la organización planeada de la exportación de capital (Hilferding, 1971: 353).

Entonces, el transnacionalismo del capital tiene su historia, surge con las corporaciones privadas producto de la *concentración y centralización* del capital, las cuales van apropiándose de los mercados y materias primas de los países hasta dar origen al capital monopolista, poniendo en duda desde finales del siglo XIX la regulación normativa del territorio por parte de los Estados y el control de sus fronteras nacionales:

El imperialismo ha creado desde hace mucho tiempo el mercado mundial. Y a medida que ha ido aumentando la exportación de capitales y se ha ido ensanchando en todas las formas las relaciones con el extranjero y con las colonias y las “esferas de influencia” de las más grandes asociaciones de monopolistas, la marcha “natural” de las cosas ha determinado el acuerdo internacional de los mismos, la constitución de cárteles internacionales (Lenin, 1975: 84).

Es decir, hace tiempo que el llamado Estado-nación y el “nacionalismo metodológico” han sido rebasados por la realidad. Si a ello le sumamos la galopante globalización de las economías, el impacto que actualmente tienen los modernos medios de comunicación y transporte, así como las consecuencias que acarrea consigo la migración internacional en los países de origen y destino, entonces resulta clara la necesidad de desarrollar formas de pensamiento cuya reflexión de lo nacional recoja lo transnacional, y a la inversa: donde lo transnacional no pierda de vista lo nacional. No está de más recordar la frecuencia entre los transnacionalistas de resaltar lo primero y desentenderse de lo segundo.

Desde fines de la década de 1990, ha habido multitud de foros y congresos organizados para abordar esta cuestión, pero en la mayoría el transnacionalismo es un fenómeno que se da por sentado. Una primera objeción consiste en diferenciar si esto se engloba en el *transnacionalismo* o en la *transnacionalidad*. El transnacionalismo de los migrantes en estricto sentido se refiere a las relaciones de *identidad y pertenencia*, mientras que la transnacionalidad alude a las *prácticas sociales* que aquéllos desarrollan. Por tanto, aunque debe clarificarse que esta distinción se hace con fines teóricos, esto implica una delimitación sobre los sujetos de estudio, sus alcances y metodologías. Así, desde la transnacionalidad es posible postular que *la membresía es esencialmente práctica y se refiere a las relaciones que se construyen extraterritorialmente con la comunidad, entidad o nación; en tanto, la identidad es más simbólica*, es decir, en el paso de la identidad a la membresía todo migrante transita del *sentimiento perceptivo hacia la acción*.¹ Asimismo, cuando el migrante se organiza asume compromisos hacia la comunidad, la entidad o el país, incluso, en su carácter transnacional logra ir más lejos (Moctezuma, 2004a y 2004b). Se trata de distintas formas de *ser y pertenecer* (Levitt y Glick

¹Para algunas formulaciones, la *transnacionalidad* es vista como un proceso que recoge las experiencias de los migrantes y las teoriza, en tanto que el transnacionalismo indicaría que estas experiencias, aunque sean recogidas, van precedidas siempre de lo teórico (Besserer, 1998). Obviamente, esa discusión obedece más al posesionamiento epitémico de los investigadores sobre el proceso de objetivación que le acompaña.

Schiller, 2005), formas que distinguen entre sentimiento y compromiso, identidad e involucramiento de los migrantes; por eso, independientemente de que ello sea reconocido en las legislaciones, la membresía es vista por algunos autores como *ciudadanía sustantiva* o ciudadanía práctica (Brubaker, 1990: 79-404; Goldring, 2003: 14-15). En ambas acepciones, los individuos, las familias, las redes sociales, las comunidades filiales transnacionales y las colectividades de los migrantes (clubes sociales y asociaciones de clubes) constituyen *distintos niveles* de investigación; aún así, a pesar de su complejidad, esta clasificación no basta, por el contrario, habrá que decidir si la delimitación teórica se encamina hacia el estudio de las identidades y la pertenencia (transnacionalismo), o si se concentra en el estudio de las prácticas y compromisos sociales (transnacionalidad). Entonces, *a diferencia del transnacionalismo identitario, la transnacionalidad, aunque lo incluye, ha de moverse cuidadosamente entre las prácticas individuales y las prácticas colectivas*. Este desenvolvimiento no siempre es controlado teóricamente y a menudo sus niveles se cruzan y confunden, cuando lo que debería hacerse es identificar la *agencia* transnacional (Smith, M. y Guarnizo, 1999: 3), sus *formas*, así como sus *niveles* y *sujetos* que los portan. Por ejemplo, un migrante en lo individual es susceptible de fomentar la filantropía y de llevarla a su comunidad a través de donaciones; también puede hacer inversiones privadas, pero en lo individual está imposibilitado de hacer surgir las remesas colectivas, así como la organización migrante y los fenómenos asociados con ella. Entonces, la transnacionalidad, si tiene sentido, además de recoger las identidades y la pertenencia ha de dar cuenta de las prácticas individuales y sociales que los migrantes desarrollan como sujetos en su sentido plural.

Con el objetivo de discernir la complejidad de la perspectiva transnacional, la temática que enseguida se propone, busca incluir aquellos aspectos esenciales que se encuentran en el centro de la discusión y a los cuales, en esta investigación, se intenta aproximar a las respuestas posibles.

La transnacionalidad y su problematización

El transnacionalismo, como perspectiva de análisis cuenta con desarrollos consistentes, pero también resulta cuestionable cuando en paralelismo con el enfoque posmodernista se le identifica con la desaparición del Estado-nación y, en su expresión de transnacionalidad, con la desterritorialización de las prácticas sociales, cuya exposición elemental y simplista lo identifica con la *transición de un orden sociocultural a otro*, o con la *yuxtaposición de distintos mundos de vida*. Y aunque en la realidad esto se produce, en el primer

caso se presupone la exageración de que el migrante abandona su pasado social y cultural; mientras que en el segundo se reconoce la existencia de una pluralidad cultural, pero, ésta se sujeta a la cultura dominante, lo que conduce a la misma situación: el migrante termina culturalmente conquistado. En ambos casos, según esta postulación, el migrante es asimilado. Nada más falso: *un migrante es capaz de adaptarse e incluso de integrarse muy bien a otra sociedad sin ser asimilado.*

A las dificultades anteriores hay que sumarle el hecho de que a la transnacionalidad, cuando se asume de manera implícita, se le identifica *preponderantemente* con la práctica de los migrantes como individuos, las redes de relación social y las comunidades filiales que se mueven más allá de las fronteras de los países, pero se comete el error de dejar de lado la organización migrante, además de que en algunas de sus versiones, el Estado, la Iglesia y otras instituciones políticas están casi ausentes.

Contrario al simplismo de ese transnacionalismo y de esa transnacionalidad, desde la década de 1920 se han encontrado indicios de la existencia de las llamadas “comunidades hermanas” de mexicanos en Estados Unidos, la reproducción de las identidades, la adaptación sin asimilación en los países de destino, el funcionamiento de las redes sociales y la influencia de los migrantes en las comunidades de origen; por lo que, si el transnacionalismo tiene como centralidad ese campo de estudio, más allá de argüir que esto ha cambiado por su masividad, entonces la teoría vive un retraso de más de medio siglo.² En este ensayo se postula que el transnacionalismo y la transnacionalidad requieren avanzar en su clasificación, acotar sus alcances y delimitar el papel que juegan éstos y otros fenómenos relacionados con la temática.

Desde sus orígenes, el concepto de transnacionalismo ha sido utilizado con suma ambigüedad y con una velocidad que corre el riesgo de convertirse en un concepto vacío (Smith, M. y Guarnizo, 1999). Esto se complica debido a su rápida apropiación por la mayor parte de las disciplinas sociales. Por otro lado, entre varios transnacionalistas se reconoce que la:

investigación puede requerir ser no sólo multilocal sino también translocal [...] se deben dedicar esfuerzos serios a una conceptualización y descripción

²Jorge Durand (1994) hace una excelente reseña sobre las investigaciones de Manuel Gamio 1930a y 1930b, Paul S. Taylor, 1929, 1930, 1931, 1933 y Enrique Santibáñez, 1930, donde además de abordarse estos temas, los autores también incursionan en los enfoques binacionales de estudio así como en la combinación de las perspectivas etnográfica, antropológica, sociológica, económica y política.

apropiada de los vínculos translocales y las interconexiones entre ellos y el tráfico social localizado (Hannerz, 1996).

Otros autores reconocen que:

el transnacionalismo involucra a los individuos, sus redes sociales, sus comunidades y estructuras institucionales más amplias como gobiernos locales y nacionales. La literatura existente sobre el tema tiende a mezclar estos diferentes niveles, refiriéndose a veces a los esfuerzos y logros de migrantes individuales, otras a la transformación de comunidades locales en los países emisores, y otras más a las iniciativas de los gobiernos de estos países que buscan apropiarse de la lealtad y los recursos de sus respectivas emigraciones. Esta mezcla contribuye a una creciente confusión sobre el concepto y su significado (Portes *et al.*, 2003: 19).

Como puede apreciarse, es necesario reflexionar sobre lo que el concepto abarca, así como la forma en que estos temas han de ser correctamente tratados. Para una clasificación de las distintas perspectivas sobre el transnacionalismo, véase entre otros a Smith, M. y Guarnizo (1999) y Levitt y Glick Schiller (2005).

Además de estas dificultades, el transnacionalismo y la transnacionalidad están asociados con factores tales como:

la globalización del capitalismo con sus efectos destabilizadores en los países menos industrializados; la revolución tecnológica en los medios de transporte y comunicación; las transformaciones políticas globales como la descolonización y la universalización de los derechos humanos y la expansión de las redes sociales que facilitan la reproducción de la migración transnacional, la organización económica y política (Smith, M. y Guarnizo, 1999: 4).

Es decir, éstos son temas globales o macrosociales que por lo menos deben presuponerse en la discusión de la temática.

Ahora bien, de todas las dimensiones sociales que el concepto abarca, el estudio de la cultura y la comunidad “transnacional” es el campo que mayormente ha avanzado, por ello es el más sugerente, pero también el que presenta mayores diversidades y problemas interpretativos. Existen en esta área interpretaciones inspiradoras como aquella que enuncia la construcción de la nacionalidad por los actores sociales, acotando las expresiones

existencialistas que el Estado ha creado como el nacionalismo (Bhabha, 1990: 300). Para algunos, como lo han destacado críticamente Linda Basch, Glick Schiller y Nina Blanc (1994), esto conduce erróneamente a presuponer la desaparición del Estado-nación, y para otros se trata de la construcción por parte del Estado del país de origen de un nuevo sujeto con doble ciudadanía e identidades políticas múltiples, quienes son susceptibles de desarrollar una doble capacidad de empoderamiento o subordinación en ambos Estados (Smith, M. y Guarnizo, 1999: 9).

Un primer avance del transnacionalismo es el reconocimiento de la existencia de *un campo social transnacional* que abarca la dimensión social, económica, política y cultural (Dore *et al.*, 2003: 159-191; Landolt *et al.*, 2003: 123-158; Portes, Guarnizo, y Landolt, 2003: 15-44). Esta formulación, aunque la mayoría de las veces se centra en la identidad y vida comunitaria, cuenta con la formulación correcta para avanzar hacia la transnacionalidad, destacando el desarrollo de las prácticas sociales, el cambio social, el cuestionamiento de las instituciones y sus normas. Sin embargo, no siempre se camina por esa senda y eso se explica por el desconocimiento de la dimensión *organizativa* que es parte de ese campo (Moctezuma, 2005). Hasta, ahora gran parte de la literatura sobre la transnacionalidad continúa limitada a la práctica de los individuos, las redes sociales y la cultura migrante de las comunidades filiales,³ buscando desde allí develar la naturaleza de las asociaciones de clubes sociales, cuando lo que se requiere es comprender la dialéctica de éstos, para luego dilucidar las redes sociales y la cultura que a ellos corresponde. Al ponerse el acento en esto último, se descubre la existencia del *migrante* como *sujeto social* y se puede pasar del transnacionalismo de los individuos a la transnacionalidad de las organizaciones, comprometidas binacionalmente con las luchas de las identidades, el desarrollo de la democracia y el involucramiento activo en los procesos de desarrollo comunitario y regional (Moctezuma, 2004a y 2004b), aspectos que no son visibles cuando se pone el acento en el individuo y las redes sociales por más activas y complejas que éstas sean.

En coherencia con las líneas anteriores, el estudio del transnacionalismo y transnacionalidad implica plantearse con seriedad muchas preguntas, algunas de las cuales ya han sido resueltas por autores de distintas

³Un excelente esfuerzo en esta tendencia es el trabajo de David Fitzgerald (2000: 43) quien hace un análisis del transnacionalismo utilizando el método comparativo entre dos comunidades, con grados de desarrollo transnacional diferentes. Hay que reconocer con justicia que este autor es de los críticos más consistentes de la desterritorialización, así como de la existencia de la ciudadanía global y posnacional que ha inspirado el posmodernismo (Waldinger y Fitzgerald, 2004).

tendencias, pero la mayoría siguen pendientes, y lo que es peor, aún no se formulan. Con el objetivo de avanzar hacia una posible agenda de discusión, en las líneas que siguen se replantean algunas de estas cuestiones.

La simultaneidad de las prácticas transnacionales. ¿El transnacionalismo cuenta con herramientas de investigación capaces de recoger la simultaneidad de las prácticas sociales transnacionales? ¿Cuáles son estas herramientas? ¿Cómo recoge el transnacionalismo las prácticas de la comunidad de origen y destino bajo la idea de la simultaneidad? Aun así, ¿pierden centralidad las formas de reproducción social y cultural de la comunidad matriz? En caso de que la comunión extraterritorial de las prácticas culturales siga siendo clave, ¿cómo se transforman éstas ante su exposición en otro contexto? ¿Se puede hablar de formación de una comunidad transnacional o de un circuito social transnacional cuando la vida comunitaria, sobre todo en el lugar de destino, se presupone “cerrada” a la influencia del nuevo contexto?

- *Dimensiones del transnacionalismo y niveles de desarrollo de la transnacionalidad.* ¿Es acertado hablar de transnacionalismo del individuo? De ser correcto y con independencia de la teoría, ¿desde cuándo se puede hablar de la existencia de las prácticas transnacionales individuales? ¿Bajo qué circunstancias una familia migrante es de naturaleza transnacional? ¿Por qué el transnacionalismo se ha concentrado en las prácticas culturales? ¿Por qué razón el transnacionalismo gira predominantemente en torno a la comunidad? ¿Cómo se transforma el transnacionalismo y la transnacionalidad focalizada en las organizaciones?
- *Bienestar familiar y desarrollo social comunitario.* ¿Los migrantes son sujetos sociales de cambio? ¿Qué indicadores se tienen de que los migrantes busquen incidir en el bienestar de la familia? ¿Las remesas colectivas están inevitablemente asociadas con el Estado en el diseño de las políticas públicas? ¿Qué relación existe entre remesas colectivas y desarrollo comunitario?, y ¿por qué las remesas colectivas son un factor importante para el fortalecimiento de las identidades y el desarrollo de las prácticas transnacionales?
- *Organizaciones de los migrantes como sujetos del desarrollo.* ¿Existe algún grado de diferenciación importante entre comunidades de migrantes, clubes o comités de pueblos, asociaciones y alianzas de organizaciones de migrantes? ¿Cuándo podemos diferenciar entre organizaciones de migrantes y sujeto migrante? ¿Cómo el sujeto migrante articula la práctica de los niveles micro y macrosocial? ¿Qué rol tiene en los sujetos migrantes la perspectiva de incidir en el futuro de su país de origen?

- *Transnacionalismo, transnacionalidad y globalización.* ¿Qué rol juega la globalización de la economía y la sociedad en el desarrollo del transnacionalismo? ¿Cómo problematizar la relación y la diferencia entre globalización y transnacionalismo?, ¿en qué sentido el Estado ha sido proclive “desde arriba” al reconocimiento de la transnacionalidad? ¿Cómo es posible que el reconocimiento del transnacionalismo “desde arriba” fomente el desarrollo de la transnacionalidad “desde abajo”?

Algunas respuestas iniciales

Para algunos estudiosos la perspectiva transnacionalista se deriva de la similitud con el capital transnacional, el cual, llevado al extremo, indicaría que los migrantes transnacionales no tienen nacionalidad, ya que se han convertido en “ciudadanos del mundo”, tal es el postulado central de los enfoques posmodernos que presuponen que la sociedad moderna ha quedado atrás. A partir de esa analogía que funciona más como axioma se aduce que el término transnacional “...evoca que en parte *es directamente posible* la asociación entre formas de organización migratorias y corporaciones transnacionales” (Rouse, 1989: 21; las cursivas son mías). Se trata de una imagen propia del método deductivo en lugar de reproducirla a partir del proceso mediante el cual los migrantes desde la transnacionalidad van dando origen en el extranjero a la formación de comunidades filiales (comunidades hijas o gemelas), al establecimiento de redes sociales entre varias comunidades de migrantes en el país de destino y de éstas con la comunidad. Entonces, la senda correcta consiste en indagar el proceso mismo de una red de relaciones que los migrantes construyen hasta dar origen a las comunidades filiales transnacionales. Con ello se indica el camino metodológico a seguir: en lugar de utilizar una deducción lógica y desprender la imagen a partir de la simetría con el capital transnacional, la reflexión se coloca del lado de la transnacionalidad o de *las prácticas* de los migrantes.

La objeción más firme deriva del hecho de que los migrantes revelan que las comunidades “hijas” o “filiales” que se localizan en territorio estadounidense, así como las establecidas en la frontera, pero *en territorio mexicano*, son muy importantes como *puntos de encuentro y socialización*. Unas y otras juegan un papel fundamental en las estrategias de los cruces fronterizos y constituyen *varios asentamientos* de comunidades filiales que proceden de una misma matriz comunitaria (Moctezuma, 1999: 193). Es decir, las comunidades filiales transnacionales son “puntos de encuentro y de socialización”. Son *puntos de encuentro*, pensando en el desplazamiento de los mi-

grantes y en el establecimiento de sus redes sociales, y son *puntos de socialización* en tanto que en ellos, independientemente de la distancia, se reproduce la vida de las comunidades; por ello, al referirse a las prácticas sociales de los migrantes es importante hablar de la transnacionalidad y no del transnacionalismo.

A partir de esta reformulación es correcto retomar el planteamiento de Rouse, acentuando aquellos aspectos que con posterioridad identificarán su pensamiento y que no siempre son rescatados cuidadosamente:

este cuidadoso enfoque no se limita a señalar a la migración como el desplazamiento de personas entre dos ambientes sociales distintos; tampoco la reduce a un mero proceso de transición de un orden sociocultural a otro, ni trata de una propuesta que presuponga la yuxtaposición de distintos mundos de vida orientados a la homogeneización y a la síntesis; más bien, *se refiere a la sobrevivencia de distintos cursos de vida, una cierta forma de acomplamiento simultáneo que no necesariamente desaparecerá en las generaciones subsiguientes de los migrantes* (Rouse, 1991: 14).

Esta idea es clave para poner cotos a las perspectivas teóricas que habían venido fincándose sobre los enfoques asimilacionistas y/o aculturalistas, a partir de los cuales los estándares de la sociedad receptora constituyen la norma conforme los demás grupos étnicos deben identificarse; es decir, que adopten primeramente el idioma, seguido de patrones culturales, sociales y religiosos (Castles y Davidson, 2000: 61-62). Por tanto, la asimilación lleva implícito un proceso de aculturación en el cual el inmigrante no sólo se inserta de manera integral a los usos y costumbres de la sociedad receptora, en la que consecuentemente (se supone) perderá sus lazos de pertenencia y a la larga su identidad como originario de otro país, supone, por lo mismo, una transferencia de *lealtad única* al nuevo país de residencia mediante la adopción de una nueva identidad nacional.

Esto es, aún hoy en día los enfoques estructurales dan cuenta de las prácticas contextuales de los migrantes, lo cual es correcto, pero a partir de ello se acentúan los enfoques nativistas y olvidan que los migrantes son capaces de reproducir en otros contextos sus formas culturales de ser y de pensar, además de incidir en las relaciones sociales de su país de origen. Es decir, *el migrante no migra y transplanta su cultura, lo que hace es reproducirla, la reestructura y con ello la reformula* (Sollors, 1989). Asimismo, el migrante al partir a otro país no deja de incidir en el destino de su comunidad. Sin este elemento es imposible comprender los

procesos dialécticos que implica la adaptación donde, en términos de Rouse, “sobreviven distintos cursos de vida”, o donde la adaptación e incluso la integración de los migrantes a otro contexto social no necesariamente conduce a la pérdida de la matriz cultural originaria (enunciada por la xenofobia como asimilación), y a su vez con la migración la cultura primordial tampoco se conserva intacta e impermeable a las nuevas influencias. Si esto ya es un serio cuestionamiento al nacionalismo nativista que aprisiona a aquellos que temen la influencia de los inmigrantes, también lo es para quienes desde el origen suponen que los migrantes por haber migrado, han perdido el derecho de participar y tomar decisiones que afectan a sus respectivos países, o bien, de aquellos que creen que la cultura de los migrantes se conserva impermeable como resultado de la segregación de las sociedades de destino. Asimismo, este enfoque trasciende al multiculturalismo, el que ciertamente reconoce la superposición o el almagamiento cultural, lo que ya es una ventaja por su tolerancia. Sin embargo, aún sigue basándose en la supremacía de una cultura sobre las otras y, por tanto, en la dominación de la visión nacional.

Los intentos exitosos por dar respuesta a los problemas aquí planteados son escasos: Alejandro Portes *et al.* (2003: 15-44) son de los pocos que ha propuesto una metodología operativa para la investigación del transnacionalismo de los individuos; Miguel Moctezuma (2001) ha sugerido la necesidad de la problematización conceptual y metodológica de la familia transnacional; Roger Rouse (1989 y 1991), aunque presenta algunas debilidades en la parte metodológica, sin duda es uno de los pioneros en la conceptualización de las llamadas comunidades transnacionales. En el campo de las redes sociales predomina el enfoque donde el migrante busca la reducción de los riesgos y el aumento de los beneficios, cuando también podría acentuarse la solidaridad y la reproducción de las relaciones de identidad; ambas de inspiración weberiana. La primera destaca la acción racional en torno a fines, mientras que la segunda hace lo propio a partir de la acción racional en torno a valores; Finalmente, desde dos ángulos paralelos se viene desarrollando un reflexión más cercana a los sujetos y organizaciones de migrantes: el primero, desde el concepto del migrante colectivo transnacional (Moctezuma, 2007) y el segundo a partir de la categoría de sociedad civil migrante (Fox, 2006). Enseguida se abordan de manera sintética estos desarrollos, sin mayor objetivo que clarificar cómo es que ello se relaciona en general con el reconocimiento de la ciudadanía transnacional.

El individuo como sujeto transnacional

Existe un grupo de transnacionalistas que, aunque retoman algunas expresiones sobre las familias, las redes sociales, la vida comunitaria y las llamadas asociaciones cívicas, ha escogido al *individuo migrante* como su objeto de investigación; por tanto, para ellos el transnacionalismo se define como sigue:

Con el propósito de establecer un área de investigación novedosa, es preferible delimitar el concepto de transnacionalismo *a ocupaciones y actividades que requieren de contactos sociales habituales y sostenidos a través de las fronteras nacionales para su ejecución*. Así definido, el concepto abarca, por ejemplo, los viajes mensuales de un empresario salvadoreño para entregar correspondencia y provisiones a parientes de inmigrantes en El Salvador, o los viajes de una modista dominicana que posee un taller de ropa y viaja varias veces al año a Nueva York para vender sus artículos y adquirir materiales y nuevos diseños para su negocio. Por la misma razón, esta definición excluye los regalos ocasionales en dinero y bienes que envían los inmigrantes a sus parientes y amigos (no es una ocupación) o la compras de una casa o solar que realiza un inmigrante en su país de origen (no es una actividad habitual) (Portes *et al.*, 2003: 18).

Esta definición, indica que el transnacionalismo trata de *actividades individuales* que los migrantes realizan permanentemente a través del desplazamiento continuo entre las fronteras de los países. Pero, habitar dos mundos, no sólo lleva a reconocer la pertenencia, la comunicación o el desplazamiento permanente entre ellos, sino también la necesidad de *intervenir simultáneamente* en su transformación. Nótese que los autores no se refieren a las prácticas y compromisos sociales de los migrantes, lo cual se explica porque en esta versión el transnacionalismo de los individuos no se concibe como parte de las comunidades o de grupos sociales más amplios; por el contrario, ya no serían actividades habituales individuales, sino *prácticas sociales* o de *transnacionalidad*, pero definido así el concepto, su desarrollo iría por otra senda. Por ejemplo, se tendría que reconocer que los migrantes forman comunidades filiales transnacionales que reproducen como una práctica su territorialidad y cultura fuera de su país. Por lo mismo, los ejemplos que ilustran esta primera formulación se refieren a individuos o a campos de estudio dirigidos a los individuos, o por lo menos su metodología y la aplicación de sus técnicas de investigación se centra en ello, cuando a lo más debiera ser una de sus dimensiones, distinta a aquellas que tratan otras dimensiones del mismo fenómeno:

el individuo y sus redes constituyen el punto de partida más viable en la investigación de este tema. Esta decisión no se basa en una posición filosófica *a priori*, ni tiene la intención de negar la realidad e importancia de estructuras más amplias. Por el contrario, creemos que un estudio que se inicia con la historia y las actividades de los individuos es la forma más eficiente para comprender las estructuras del transnacionalismo y sus efectos (Portes *et al.*, 2003: 19).

Es decir, para este grupo de investigadores el proceso comprensivo del transnacionalismo pasa inevitablemente por diseñar una estrategia metodológica donde el individuo resulta central. Aunque aquí se reconoce la existencia de otras “unidades de análisis”, esto va a delimitar los alcances de su estrategia metodológica. Ahora bien, ¿qué ejemplos nos presenta este transnacionalismo?:

Una tipología inicial de trabajo fundamentada en este concepto diferenciaría las iniciativas económicas de los empresarios transnacionales que movilizan sus contactos a través de las fronteras, en busca de insumos, capital y mercados, *versus* las actividades políticas de dirigentes partidistas funcionarios gubernamentales o líderes comunitarios, cuyas metas principales son alcanzar poder político e influencia en los países emisores y comunidades expatriadas. Una tercera categoría más variada abarca empresas socioculturales múltiples orientadas al reforzamiento de una identidad nacional en el extranjero o al disfrute colectivo de productos y actividades culturales (Portes *et al.*, 2003: 20).

Esta delimitación presupone, sólo de manera implícita, que ese campo de estudios es enfrentado asimismo como una perspectiva teórico-metodológica determinada, cuya característica fundamental es que:

Este fenómeno está compuesto por un creciente número de personas que viven una doble vida: hablan dos idiomas, tienen hogares en ambos países y su vida discurre en contacto continuo y habitual a través de las fronteras nacionales (Portes *et al.*, 2003: 20).

Esta manera de abordar el transnacionalismo, sólo en apariencia, coincide con la formulación de Roger Rouse, quien, como veíamos anteriormente, se refiere a la sobrevivencia y a la simultaneidad de distintas formas de vida que se reproducen trascendiendo las fronteras.

Un aspecto rescatable del transnacionalismo individualista es el reconocimiento de la *agencia* (Portes *et al.*, 2003: 20), la cual forma parte de las es-

trategias de los *contactos sociales habituales*, cuando podría ir más lejos y abarcar la formación de nuevos sujetos sociales, cuya perspectiva vendría a constituir lo nuevo de esas prácticas.

Otro estudioso que se aproxima a esta definición es el de Manuel Orozco (2005). En efecto, su aporte fundamental consiste en medir el *compromiso transnacional* que asumen los migrantes, expresado a través de varias actividades. La ventaja de este autor consiste en fusionar la perspectiva micro y macro-social, además de recoger las experiencias de los migrantes tanto de individuos como de comunidades organizadas. El autor presenta un cuadro con distintos tipos de compromisos como: viajes permanentes, gastos en cada retorno, llamadas telefónicas, envíos de remesas, soporte en la reunificación familiar, apoyo para pago de préstamos a la familia, préstamos de dinero, apertura de cuentas bancarias, establecimiento de negocios familiares y pertenencia a una asociación de migrantes, “además, estas redes transnacionales hacen más imperativo el establecimiento de un diálogo entre migrantes, gobierno, sector privado, sociedad civil y comunidad internacional...” (Orozco, 2005: 56). Por el cúmulo de compromisos, se infiere que el diálogo entre distintos sujetos implica la transformación de sus perspectivas, además de la transformación binacional de las instituciones que ellos representan. Existen por supuesto otras características que este grupo de investigadores atribuye al concepto, sin embargo, aquí lo tratado basta para nuestro interés.

El hogar como estructura transnacional

Cuando se trabaja sobre los hogares transnacionales, el primer problema que surge es del modelo dominante en la literatura del campo: un hogar con un domicilio (corresidencia). Como modelo es cuestionado con la migración, el desliz sobre la apariencia prejuiciosa es el de pensar en los hogares migrantes a partir del *abandono* de sus miembros o incluso presuponer que hay una *separación* entre ellos. También existe la tentación de pensar que se trata de hogares *matrifocales* o *patrifocales*, de madres o padres “sin pareja”, como sucede en el caso de padre o madre soltero(a) o en la separación por divorcio. Sin embargo, tal y como se ha definido anteriormente en la perspectiva transnacional, lo que hay que identificar es cómo a través de la distancia se *mantienen* y se *reafirman* los lazos afectivos y, por tanto, *se reproduce* la unidad del núcleo familiar. Por ejemplo, sin el mantenimiento de los vínculos afectivos y de responsabilidad entre migrantes y no migrantes, sería impensable el envío de remesas al hogar.

Mediante la elaboración de genealogías de hogares o familias nucleares migrantes, se ha identificado la multiespacialidad donde residen sus miembros. Obviamente, si consideramos un largo periodo, una parte de ellos se localiza en la comunidad y el resto de sus miembros en el extranjero. En esta sección, para facilitar la exposición, aunque se tiene clara la diferencia entre *hogar y familia* y entre *familia y grupo doméstico*, aquí estas diferencias, aunque se presuponen, no juegan un rol en su exposición.⁴ Obviamente, para quien busque profundizar en las estrategias de la migración, es imprescindible que estas diferencias sean tratadas con detalle.

Para la elaboración de esta sección se han utilizado tres estudios: el primero constituye una investigación pionera propia (Moctezuma, 2001); una segunda, que sirvió para la reelaboración etnográfica de este concepto (Moctezuma, 2007), y una tercera de Rocío Gil Martínez de Escobar (2006). Los dos autores, aunque presentan diferencias de enfoque, desarrollan sus propuestas sobre los hogares que identifican a los migrantes con información de tipo etnográfico, donde resulta central considerar *el mantenimiento de los lazos entre sus miembros, independientemente de que se conserve o no una misma residencia domiciliar* (corresidencia). A partir de sus resultados, se ha procedido a elaborar un “modelo” simple que facilita la presentación y el análisis de la información, dicho modelo es el que aquí se trae a colación.

En el pasado, el primero en partir al extranjero era preferentemente el jefe del hogar y más tarde se incorporaban los hijos varones. Esto coincide con el *patrón migratorio de tipo circular* en el que la migración es preferentemente masculina y se emigra por lapsos relativamente cortos. Pero con el predominio del *migrante establecido*, el proceso cuenta con al menos dos momentos identificados para los hogares migrantes: la dispersión del padre y posteriormente la de una parte de los hijos. Más tarde, el hogar se establece en el extranjero, alargando los periodos de estancia, al tiempo que aumentan los intereses y compromisos con la sociedad de destino (adaptación, integración). Los conceptos de *ciclo y curso de vida familiar* son las herramientas teóricas que permiten identificar estos procesos y momentos en el tiempo, el primero como modelo general y el segundo como la expresión que se vive y que metodológicamente se recoge como historia de vida.

En la sociodemografía se reconoce que todo ciclo del hogar inicia en el momento en que dos personas, independientemente de la situación legal, se

⁴“La familia tiene como referente principal los vínculos de parentesco, que cumplen determinadas funciones y se preservan con una relativa independencia del hecho de estar anclados en un espacio geográfico común. A su vez, el *grupo doméstico* tiene como componente principal la co residencia y la consecución compartida de un conjunto de actividades” (Sales, 1988: 7).

unen como pareja. Con el tiempo nace el primer hijo(a) y luego los siguientes, quienes van creciendo hasta llegar a la edad adulta, la que luego les permitirá formar sus propios núcleos familiares. Esto lleva nuevamente al crecimiento de los hogares a través de sus descendientes, repitiéndose el ciclo. Cuando esto sucede, la pareja inicial va pasando de la edad adulta a la edad madura y de ésta a la tercera edad: transitan de pareja a ser padres y de éstos a abuelos. Este proceso se conoce como el *ciclo de vida familiar* (Fortes, 1962). Pero, los migrantes *alteran* ese ciclo a través de las acciones y decisiones que toman cuando se separan de sus hogares (curso de vida). En este caso, *hogar y residencia no coinciden*, lo cual ha llevado a interpretaciones absurdas, donde este proceso es entendido como *abandono* de los hogares por parte de los migrantes. Sin embargo, si los migrantes abandonaran realmente a sus familias se perdería la comunicación y dejarían de enviarles remesas; por el contrario, lo que sucede con las remesas y con toda manifestación de comunicación es la afirmación permanente de los lazos familiares desde la distancia, lo que ciertamente no deja de tener sus problemas (Moctezuma, 2005: 103).

Este modelo presenta el curso que siguen los hogares migrantes durante los procesos de *dispersión-reunificación* y *reunificación-dispersión*; procesos que no cuestionan la unidad del hogar, pero sí la residencia domiciliar habitual:

Proceso 1: el esposo emigra, mientras su esposa y sus hijos (si los tiene y si son menores) permanecen en la comunidad de origen. La partida del jefe inicia el proceso de dispersión familiar pero, en este caso, la “separación” familiar es breve. Por tanto, no se trata de abandono sino, por el contrario, independientemente de la distancia se mantiene la unidad del hogar. A veces, incluso, es la única posibilidad que permite la reproducción de los hogares. Y es que la reproducción no sólo es un proceso biológico, sino también social en el que sus miembros elaboran estrategias y negocian sus relaciones.

Figura 1

GENEALOGÍA DEL HOGAR NUCLEAR E INICIO
DEL PROCESO DE DISPERSIÓN



Proceso 2: el esposo regresa a la comunidad de origen, reside en el hogar por un periodo y posteriormente migra acompañado del primer hijo varón (éste ya ha llegado a una edad mínima) permaneciendo en la comunidad de origen el resto de la familia. Si su estancia de retorno es prolongada y si su hogar se encuentra en edad reproductiva, es posible que aumente la descendencia y que la familia crezca. Ante estas condiciones existe la posibilidad de que la dispersión involucre al padre y al primer hijo (dos migrantes de primera y segunda generación), lo que induce a profundizar el perfil migratorio del hogar, lo cual resulta frecuente en este tipo de hogares.

Figura 2

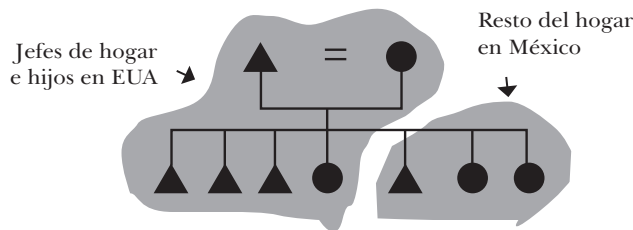
GENEALOGÍA DEL HOGAR NUCLEAR Y CONTINUIDAD DEL PROCESO DE DISPERSIÓN



Proceso 3: en el hogar ya terminado su ciclo reproductivo, el esposo retorna varias veces, él y otros hijos e hijas emigran mientras el resto del hogar permanece en la comunidad de origen. El rasgo característico es que con el tiempo este núcleo familiar tenderá a establecerse en el país de destino, transitando poco a poco del tradicional patrón de la migración circular al de la *migración establecida*.

Figura 3

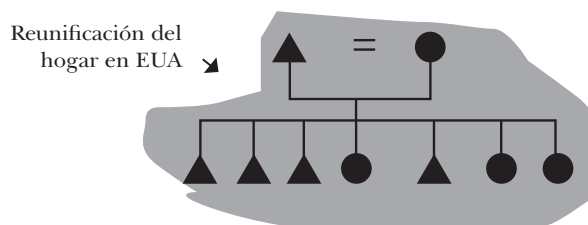
GENEALOGÍA DE LA PROFUNDIDAD EN LA DISPERSIÓN DEL HOGAR NUCLEAR



Proceso 4: emigra el esposo, la madre y la mayoría de los hijos o, en su caso, emigra el núcleo familiar completo. Cuando esto sucede, *la dispersión se ha transformado en reunificación* en el destino y, con ello, se ha pasado a un segundo espacio de residencia. Nuevamente residencia y familia coinciden (corresidencia). Justo esta característica es la que está relacionada con el nuevo patrón migratorio que actualmente vive México, la cual se caracteriza por el establecimiento de familias de migrantes en el destino y por la formación de asentamientos humanos que proceden de una misma comunidad de origen, además de desencadenar todo un cúmulo de procesos que no suelen observarse cuando se deja de lado aquello que trae consigo la migración de la mujer y en particular la migración de las familias.

Figura 4

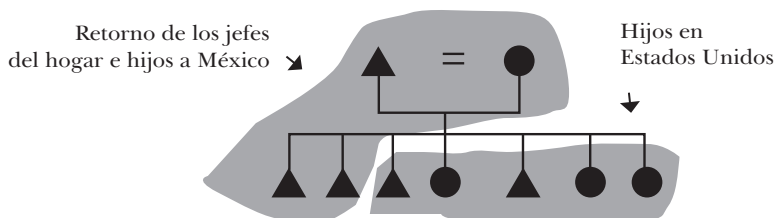
GENEALOGÍA DE LA REUNIFICACIÓN DEL HOGAR NUCLEAR



Proceso 5: retornan los padres con dos de sus hijos a la comunidad de origen y se vuelve a producir dispersión en sentido inverso: del destino al origen. Para cuando esto ha sucedido, los primeros hijos de la pareja ya han formado nuevos hogares y si son parte de una comunidad migrante, lo más probable es que se repita el ciclo completo.

Figura 5

GENEALOGÍA DE LOS HOGARES DE RETORNO



Este modelo simple, para ser completo, ha de reconocer que en el origen y destino con mucha frecuencia los hogares adoptan una serie de estrategias que temporalmente los llevan a transitar del hogar nuclear hacia la constitución de *familias extendidas transnacionales* entre parientes y no parientes (Moctezuma, 2001 y Gil Martínez de Escobar, 2006). Así, es frecuente que debido al desarrollo y establecimiento de las redes sociales comunitarias, en el destino los migrantes reciban en sus hogares a amigos y familiares y se formen temporalmente familias extendidas, y que esto mismo suceda en las comunidades de origen, cuando, por ejemplo, un hija casada emigra y deja a uno o más hijos en manos de sus padres o hermanas, incluso, esto forma parte de arreglos familiares donde, por ejemplo, un hijo en el destino llega al hogar de una tía y ésta a su vez ha dejado otro con una hermana en la comunidad:

hay una circulación de valores en ambos sentidos de la frontera y además del intercambio de capital social se genera un acuerdo: “yo cuido a tus hijos y tú cuidas a los míos” un intercambio de favores transfronterizos (Gil Martínez de Escobar, 2006: 128).

Como podemos apreciar, la dispersión-reunificación y la reunificación-dispersión son dos procesos que forman parte de los hogares migrantes, los cuales implican el cambio de residencia, aunque con frecuencia lo que se da es una alternancia en el origen y destino que suele multiplicarse cuando los hijos forman nuevos hogares. En este caso, el proceso global sólo puede ser descrito desde el concepto de *familia ampliada transnacional* y, aunque el modelo propuesto sólo lo presupone, no lo contempla para simplificar y facilitar la explicación.

Ahora bien, con frecuencia reproducimos una imagen momentánea o “fija” del hogar migrante, la cual sólo corresponde a una etapa de su ciclo de vida. Con ello se pierde de vista el proceso integral, el que, por ejemplo, se interpreta como migrantes que abandonan a sus esposas e hijos e incluso suele decirse que las casas están abandonadas al migrar el hogar completo, cuando lo que tenemos son casas solas o deshabitadas, a veces bajo encargo de algún familiar o conocido. Todo esto reclama de una nueva ingeniería conceptual que en el futuro próximo impactará el diseño del levantamiento censal y de otros instrumentos de recopilación de datos sobre el hogar y la vivienda.

La comunidad como relación social transnacional

La comunidad transnacional es objeto de estudio fundamentalmente a partir de su dimensión simbólica y cultural. Son la antropología y la sociología

las disciplinas que mejor se adaptan a este tercer “campo” o “dimensión” del transnacionalismo. Ha sido la comunidad la que más se problematiza desde la perspectiva transnacionalista. Su exponente más lúcido es Roger Rouse (1991) quien, inspirándose en una imagen de circuito propuesta inicialmente por Jorge Durán (1988),⁵ avanzó hacia la idea de que la comunidad transnacional está formada por un circuito de comunidades que constituyen una misma unidad. Para Rouse, el surgimiento de varios asentamientos de migrantes que proceden de un mismo origen viene a formar realmente un mismo todo, que él denomina “circuito migrante transnacional”. Se trata de una imagen que en el concepto de comunidad presupone el entrecruzamiento de varios espacios y significados y que deriva de lo que en sí misma es la migración.

De hecho, a través de la continua circulación de personas, dinero, bienes e información, la variedad de establecimientos está comenzando claramente al mismo tiempo así a entretenerse, ello en un sentido importante viene a constituir una comunidad singular expresada en el entrecruzamiento de variedad de sitios, algo que yo califico como “circuito migrante transnacional” (Rouse, 1994).

A esta imagen que funciona más como concepto heurístico, otros la han llamado *espacio social transnacional*, destacando en su enunciación la idea de una comunidad que se ha establecido en varios sitios a la vez; y otros más, desde una perspectiva crítica la han llamado *formación social transnacional* (Portes *et al.*, 2003) para dar cuenta de una comunidad contextualizada como relación social. Como quiera que sea, el mérito es de Roger Rouse.

Según lo expresa el autor en otro trabajo, su propuesta contradice la lógica bipolar manifiesta en un modelo simplista, la que: *a*) por un lado, parte del supuesto de que la migración de una comunidad a otra implica el rompimiento con la primera; *b*) de que esto mismo se va profundizando con el paso del tiempo; por lo que, *c*) el establecimiento en el nuevo destino lleva inexorablemente a una ruptura con los orígenes comunitarios de los migrantes (Rouse, 1994: 42). Pero, al contrario, la investigación de campo demuestra que *los migrantes al mismo tiempo que se adaptan a las nuevas circunstancias sociales son también capaces de mantener orientados los vínculos y compromisos hacia sus comunidades de origen*. Como puede observarse, están muy lejos

⁵⁴La migración incluye la movilización de información, bienes, capitales, servicios, etcétera. Este tráfico continuo se asemeja a un circuito integrado de corriente alterna, por el cual los flujos se mueven en múltiples direcciones y con diferentes intensidades...” (Durand, 1988: 43).

de esta postulación quienes sostienen que el transnacionalismo se expresa a través de los modernos medios de comunicación y por la simultaneidad de los contactos. Sobre este tópico, la corriente transnacionalista más elaborada, desde principios de la década de 1990, puso el acento en el hecho de que el migrante es un *agente* que incide *extraterritorialmente* en la construcción de alternativas de su entorno social inmediato (Goldrig, 1992: 320 y 325). Roger Rouse, inspirándose en la porosidad y la cercanía fronteriza de las comunidades, formuló la idea de que el espacio y la distancia no son obstáculos para la reproducción de la vida comunitaria:

por medio de la circulación continua de personas, dinero, mercancías e información, los diversos asentamientos se han entreverado con tal fuerza que probablemente se comprendan mejor formando una sola comunidad dispersa en una variedad de lugares (Rouse, 1988).

Con ello, el autor sentó las bases para cuestionar los enfoques estructuralistas y lo que ahora se viene llamando el “nacionalismo metodológico”, cuya novedad parece haber perdido de vista su origen. Asimismo, indicó que la vida comunitaria transnacional *se refiere a la sobrevivencia de distintos cursos de vida, una cierta forma de acoplamiento simultáneo que no necesariamente desaparecerá en las generaciones subsiguientes de los migrantes* (Rouse, 1988: 14). Es decir, indicó que los migrantes, aunque se adaptan a otro contexto, siguen reproduciendo sus raíces de identidad, e incluso, sus vínculos con la matriz cultural comunitaria, lo cual cuestiona la *lógica bipolar*, además de reconocer las limitaciones y avances del enfoque multiculturalista.

Desde estos presupuestos, Robert Smith y Luin Goldring, sugieren un avance interesante que ha venido a revolucionar el pensamiento en este campo: este *migrante-agente* actúa desde el extranjero no sólo como miembro de su comunidad, sino particularmente como ciudadano transnacional, desarrollando las prácticas de la ciudadanía sustantiva extraterritorial (Smith, R., 1995, 2006 y Goldring, 2002). Hay asimismo matices de distinción significativa en los que se destaca el transnacionalismo con *la comunidad al centro* (Besserer, 1999), donde la comunidad es el referente de las prácticas sociales, pero cuyas influencias “externas” conducen a problematizar la idea de que los circuitos de migrantes son más abiertos. Esta distinción resulta útil en relación con la *ciudadanía transnacional étnica*, ya que distingue entre prácticas extraterritoriales de migrantes indígenas y mestizos mexicanos; además de explicar por qué las relaciones con el Estado mexicano son problemáticas.

La organización migrante como sujeto social y político

Éste es un campo casi virgen donde la perspectiva del transnacionalismo no ha podido echar raíces firmes, sobre todo por sus concepciones encaminadas hacia el acendrado individualismo y su perspectiva etnográfica, pero, donde se abre todo un cúmulo de experiencias nuevas y en un proceso que sólo se logra observar en aquellas entidades que cuentan con una extensa organización migrante. En rigor, esto es lo nuevo respecto de los migrantes de las décadas pasadas, pero éste es un aspecto que la tradición transnacional no reflexiona con cuidado.

Al analizar las organizaciones tipo clubes, comités sociales (Hometown Association) y asociaciones de migrantes, salta a la vista que éstas se han venido desarrollando a partir del cambio que ha experimentado el patrón migratorio, el cual ha pasado del *migrante circular* de carácter masculino, al *migrante establecido* de naturaleza familiar. Es con la migración familiar que las relaciones comunitarias son capaces de reproducirse y dar origen a las comunidades filiales transnacionales. En esta experiencia, la mujer y la familia son el cimiento de las primeras manifestaciones de la membresía comunitaria transnacional.

Una vez que se ha consolidado la vida comunitaria, el liderazgo de los migrantes hace emerger las primeras manifestaciones organizativas, las cuales al contar con el estímulo del Estado, y particularmente de los gobernantes por entidad o municipio, es posible que esa organización vaya más lejos. Así, la imagen que se tiene de la comunidad transnacional que abarca la comunidad de origen y las comunidades de destino se transforma de proceso social de identidad en *participación e involucramiento*, y se produce por esa vía una transmutación hacia la *membresía activa* de los migrantes. Por esta senda la organización migrante sigue desarrollándose hasta dar origen a las asociaciones de clubes, y de éstas a la asociación de asociaciones confluyendo en el surgimiento de un nuevo sujeto social y político denominado *migrante colectivo transnacional* (Moctezuma, 2008).

Este sujeto migrante, que en sus albores se inclina a cultivar los vínculos hacia su comunidad, ha sido interpretado de manera poco precisa destacando sus contradicciones internas a un grado tal que se confronta con su comunidad de origen, otras veces se cuestiona que cuente con la capacidad de actuar colectivamente e incluso se le mira como si se dejara atrapar por el corporativismo estatal. Algunos de los cuestionamientos más “radicales” han llegado a sugerir que el migrante no debiera hacer las tareas que le corresponden al Estado. Por nuestra parte, en diversos momentos se ha mostrado que el llamado “localismo” no es otra cosa que la búsqueda de

fórmulas de *recuperación simbólica* de la territorialidad inmediata, destacando que la asociación de clubes por sí misma la trasciende. Asimismo, reconociendo la existencia de una contradicción entre la organización migrante y la comunidad de origen, se rescata la tesis de que migrantes y no migrantes *son una misma comunidad* o un “circuito social transnacional” y que varias de sus contradicciones cuando se han vuelto problemáticas es porque los migrantes, con sus prácticas, cuestionan las formas de poder local; o bien, cuestionan las políticas estatales sobre el gasto social y exigen rendición de cuentas como parte de su nueva cultura política (Moctezuma, 2006). Asimismo, el desenvolvimiento de la organización migrante suele transitar a veces con tolerancia y estímulo de los poderes estatales, pero gana en independencia conforme madura.

Existen experiencias en las cuales no ha sido fácil una relación entre migrantes y los gobiernos. En efecto, la diáspora haitiana, salvadoreña y guatemalteca, que cuentan con migrantes que han salido de sus respectivos países por motivaciones políticas y militares, son menos proclives a emprender alianzas con el Estado. Sin embargo, justo por contar entre sus líderes con miembros con formación política, éstos están entre los que cuentan con una alta *calidad* en su capital social que, en el país de destino (Estados Unidos), les permite tomar iniciativas a nombre de los inmigrantes y latinos, trascendiendo sus nacionalidades y abriendo opciones de alianzas organizativas de las que en este momento sólo alcanzamos a ver su despegue. En sentido inverso, entidades mexicanas que cuentan con una segregación étnica entre mestizos e indígenas presentan serias resistencias para el fomento de sus organizaciones en el extranjero: primero, porque entre indígenas se acentúa la diferenciación étnica de cada grupo; segundo, porque existe una diferenciación identitaria entre el mundo indígena y el mestizo; y tercero, porque las autoridades mexicanas no siempre comprenden la participación de los migrantes indígenas a partir de los *usos y costumbres* entre los que se encuentra el tequio y el sistema de cargos.

Algunos de los estudiosos, más representativos que, desde la organización, se han acercado a este tema son Carlos González Gutiérrez (1995), Luis Escala-Rabadán y Karal Zabin (2002) y Xóchitl Bada (2004). Como quiera que esto sea, los migrantes vienen incidiendo cada vez más en el diseño de las políticas públicas a través de las remesas colectivas. Esto podría interpretarse como una alianza con los distintos niveles de gobierno, lo cual es correcto, pero no lo es del todo si se logra descubrir que las remesas colectivas adquieren existencia en muchos casos sin la presencia del Estado mexicano. Existen multitud de ejemplos que prueban esta situación e incluso

hay casos en los cuales los migrantes emprenden iniciativas de inversión social con remesas colectivas donde el Estado está ausente (Hernández Vega, 2006: 65-77 y Moctezuma, 2005a, 2005b y 2008).

A partir de las remesas colectivas han surgido programas como el 3×1 que, independientemente de sus alcances, muestran el involucramiento de los migrantes en el destino de sus comunidades, abren canales de negociación con el Estado mostrándose como agentes sociales de cambio, además de desencadenar otros efectos que aquí no es necesario desarrollar, pero que se abordarán en los siguientes capítulos.

Pero más allá de esta mirada focalizada en los países de origen, también es factible localizar de manera cada vez más frecuente la participación política de estos migrantes en los países de destino. Además es clave encontrar a activistas dominicanos, portorriqueños y mexicanos en cargos de elección popular como alcaldes y congresistas locales y nacionales en Estados Unidos. En esto, falta mucho por hacer, ya que hasta hoy no existe una agenda capaz de cohesionar a los inmigrantes mexicanos como lo han venido haciendo, por otro tipo de intereses, los inmigrantes cubanos.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflection on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso Editions, Londres.
- BADA, Xóchitl (2004), "Clubes de michoacanos oriundos: desarrollo y membresía social comunitarios", en *Migración y Desarrollo*, núm. 2, Red Internacional de Migración y Desarrollo, México.
- BASCH, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc (1994), *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and the Desterritorialized Nation-State*, Gordon and Breach Publishers, Nueva York.
- BESSERER, Federico (1998), "Estudios transnacionales y ciudadanía transnacional", en Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*, El Colegio de Michoacán-CIDEM, México.
- BHABHA, Homi K. (ed.) (1990), "Dissemination: Time, Narrative and the Margins of the Modern Nation", en *Nation and Narration*, Routledge, Nueva York, pp. 291-322.
- BRUBAKER, William Rogers (1990), "Immigration, Citizenship, and the Nation-State en France and Germany, a Comparative Historical Analysis", en *International Sociology*, núm. 5 (4), Stanford University.
- CASTLES, Stephen y Alastair Davidson (2000), *Citizenship and Migration, Globalization and the politics of belonging*, Routledge, Nueva York.

- DORE, Carlos, José Itzigson, Esther Hernández y Obed Vázquez (2003), “Cartografía del transnacionalismo dominicano: amplias y estrechas prácticas transnacionales”, en M. S. Laguerre, *Diasporic Citizenship: Haitian American in Transnational America*, núm. 28, Sr. Martin’s Press, Nueva York.
- DURAND, Jorge (1988), “Circuitos migratorios”, en Tomás Calva y Gustavo López Castro (coords.), *Movimientos de población en México*, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- ESCALA RABADÁN, Luis y Karol Zabin (2002), “From Civic Association of Political Participation: Mexican Hometown Associations and Mexican Immigrant Political Empowerment in Los Angeles”, en *Frontera Norte*, vol. 14, núm. 27.
- FAIST, Thomas (2000), “Espacio social transnacional y desarrollo: una exploración de la relación comunidad, Estado y mercado”, en *Migración y Desarrollo*, núm. 5, Red Internacional de Migración y Desarrollo, México.
- FITZGERALD, David (2000), *Negotiation Extra-territorial Citizenship: Mexican Migration and the Transnational Politics of Community*, Center For Comparative, Immigration Studies (Monograph, núm. 2), San Diego.
- FORTES, Meyer (1962), “Foreword”, en Jack Goody (comp.), *Developmental Cycle in Domestic Groups*, Cambridge University Press, Cambridge.
- FOX, Jonathan (2005), “Repensar lo rural ante la globalización: la sociedad civil migrantes”, en *Migración y Desarrollo*, núm. 6, México.
- GAMIO, Manuel (1930), *Número, procedencia y distribución de los migrantes mexicanos en los Estados Unidos*, Talleres Gráficos Editorial/Diario de México, México.
- GIL MARTÍNEZ DE ESCOBAR, Rocío (2006), *Fronteras de pertenencia*, Casa Juan Pablos/UNAM, México.
- GOLDRING, Luin (2002), “The Mexican State and transmigrant organizations: Negotiating the Boundaries of Membership and Participation”, en *Latin American, Research Review*, vol. 37, núm. 3.
- (2003), “Re-thinking Remittances: Social and Political Dimensions of Individual and Collective Remittances”, en *Working Paper Series*, York University, Canadá.
- GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, Carlos (1995), “La organización de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles: la lealtad de los oriundos”, en *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 46.
- GUARNIZO, Luis Eduardo (1997), “The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican

- Transmigrants”, en *Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 4(2), pp. 281-322.
- HANNERZ, Ulf (1996), *Transnational Connections: Culture People, Places*, Rutledge, Londres.
- HERNÁNDEZ VEGA, Leticia (2006), “De aquí p’allá o de allá p’ a acá? Clubes de migrantes jaliscienses: promoción estratégica de capital social y desarrollo”, en *Migraciones Internacionales*, vol. 3, núm. 4, El Colegio de la Frontera Norte.
- HILFERDING, Rudolf (1971), *El capital financiero*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Cuba.
- HUNTINGTON, Samuel P. (2005a), *El choque de civilizaciones*, Paidós, Madrid.
- (2005b), *Who are we?: the Challenges to America’s National Identity*, Simon & Schuster Paperbacks.
- ITZIGSOHN, José (2000), “Immigration and the Boundaries of Citizenship: The Institutions of Immigrants’ Political Transnationalism”, en *International Migration Review*, vol. XXXIV, núm. 4, Center for Migration Studies of New York, Winter.
- LANDOLT, Patricia (2001), “Salvadoran Economic Transnationalism: Embedded Strategies for Household Maintenance, Immigrant Incorporation, and Entrepreneurial Expansion”, en *Global Networks*, núm. 1, pp. 217-242.
- , Lilian Autler y Sonia Baires (2003), “Del hermano lejano al hermano mayor: la dialéctica del transnacionalismo salvadoreño”, en Alejandro Portes, Luis Guarnizo y Patricia Landolt (coords.), *La globalización desde abajo: transnacionalismo inmigrante y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina*, FLACSO, Miguel Ángel Porrúa, México.
- LENIN, Vladímir Ilich (1975), *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.
- LEVITT, Peggy y N. Glick Schiller (2005), “Perspectivas transnacionales sobre la migración: conceptualizar la simultaneidad”, en *International Migration Review*.
- (2000), “Migrants Participate Across Borders: Toward and Understanding of Forms and Consequences”, en N. Foner, R. Rumbaut y S. Gold (eds.), *Immigration Research for a New Century. Multidisciplinary Perspectives*, Russell Sage Foundation, Nueva York.
- MARX, Karl y Federico Engels (1974), “Manifiesto del Partido Comunista”, en *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú.

- MOCTEZUMA, M. (1999), “Redes sociales, comunidades filiales, familias y clubes de migrantes. El circuito migrante Sain Alto, Zac., Oakland, Ca.”, Tesis de doctorado, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- (2000a), “La organización de los migrantes zacatecanos en los Estados Unidos”, en *Cuadernos Agrarios*, núm. 19-20, Nueva Época, México.
- (2000b), “El circuito migrante Sain Alto, Zac., Oakland, Ca.”, en *Comercio Exterior*, vol. 50, núm. 5, mayo, México.
- (2001), “Familias y redes sociales de migrantes zacatecanos”, en Cristina Gomes (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*, Miguel Ángel Porrúa y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- (2004a), “Justificación empírica y conceptual del voto extraterritorial de los mexicanos con base en la experiencia de Zacatecas”, en *Sociológica*, año 19, núm. 56, Universidad Autónoma Metropolitana, septiembre-diciembre, México.
- (2004b), “La experiencia política binacional de los zacatecanos residentes en Estados Unidos. El caso del Frente Cívico Zacatecano”, en Raúl Delgado Wise y Margarita Fabela (coords.), *Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México-Estados Unidos*, Miguel Ángel Porrúa, México.
- (2004c), “Migración y formas organizativas en los Estados Unidos: los clubes y federaciones de migrantes mexicanos en California”, en Guillaume Lanly y Basilia Valenzuela (comps.), *Club de migrantes oriundos mexicanos en los Estados Unidos: la política transnacional de la nueva sociedad migrantes*, Universidad de Guadalajara.
- (2005a), “Morfología y desarrollo de los mexicanos en E. U. El migrante colectivo como sujeto social”, en *Migración y Desarrollo*, núm. 6, México.
- (2005b), “La cultura y el simbolismo de la migración y las remesas. Reflexiones a partir de la experiencia de Zacatecas”, en Raúl Delgado y Beatrice Knerr (comps.), *Contribuciones al análisis de la migración internacional y el desarrollo regional en México*, Miguel Ángel Porrúa, México.
- y Óscar Pérez Veyna (2006), “Concepto de remesas colectivas y su relación con las asociaciones de mexicanos en EUA”, en *El Programa 3x1 para Migrantes*, Instituto Tecnológico de México, México.
- (2007), “Programa interinstitucional sobre las Comunidades Transnacionales México-Estados Unidos”, en *Informe Etnográfico*, Fundación Rockefeller.

- (2008), “El migrante colectivo transnacional: senda que avanza y reflexión que se estanca”, en Erika Montoya Zabala (comp.), *Migraciones globales: población en movimiento, familias y comunidades migrantes*, Universidad de Sinaloa, México.
- OROZCO, Manuel, B. Lindsay Lowell, Micah Bump y Rachel Fedewa (2005), “Transnational Engagement Remittances and their Relationships to Development in Latin America in the Caribbean”, Final Report Submitted, Rockefeller Foundation, Institute for the Study of International Migration, Georgetown University.
- PORTES, Alejandro, Luis Eduardo Guarnizo y Patricia Landolt (coords.) (2003), “El estudio del transnacionalismo: peligros latentes y promesas de un campo de investigación emergente”, en *La globalización desde abajo: transnacionalismo inmigrante y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina*, FLACSO, Miguel Ángel Porrúa, México.
- ROUSE, Roger (1989), “Mexican Migration to the United States: Family Relations in the Development of a Transnational Migrant Circuit”, Doctoral Dissertation, Department of Anthropology, Stanford University, junio.
- (1991), “Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism”, en *Diaspora: a Journal of Transnational Studies*, núm. 1 (1), San Diego Center for U.S. Mexican-Studies, University of California, La Jolla.
- SALLES, Vania Almeida (1988), “Mujer y Grupo doméstico campesino: notas de trabajo”, en Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Universidad Autónoma Benito Juárez, Oaxaca, Oaxaca.
- SMITH, Michael y Luis Eduardo Guarnizo (eds.) (1999), “The Locations of Transnationalism”, en *Transnationalism from Below*, Transaction Publishers, New Brunswick, Nueva Jersey.
- SMITH, Robert Courtney (1995), “Los Ausentes Siempre Presentes: The Imagining, Making and Politics of a Transnational Migrant Community Between Ticuany, Puebla, Mexico and New York City”, Submitted in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of Doctor, Columbia University.
- (2006), *Mexican New York: Transnational Lives of New Immigrants*, University of California Press, Los Ángeles.
- SOLLORS, Werner (1989), *The Invention of Ethnicity*, Oxford University Press, Nueva York.
- WALDINGER, Roger y David Fitzgerald (2004), “Transnational in Question”, en *The American Journal of Sociology*, vol. 109, núm. 5, University of California, Los Ángeles.